

Aunque la Iglesia se había divorciado del imperio, comenzando por quitar el retrato de los emperadores, que en sus arranques de servilismo y de barbárie habían colocado en los altares, no por eso dejaba de darse airres de potencia en las festividades de la monarquía.

La archiduquesa había procurado humillar al clero en cuantas oportunidades se le presentaron, cobrándole su falta de galantería al rehusar sus preces al rey Leopoldo, muerto bajo la creencia protestante.

El clero católico tenía razón, porque los sectarios de Martín Lutero y de Calvino, no tienen entrada en el Reino de los Cielos; así es que de nada valian las oraciones. Para el clero católico, el rey de los belgas estaba irremisiblemente sentenciado en el juicio eterno, y la alma de la emperatriz, predestinada al *tercer seno* de descanso de las ánimas.

No entraremos nosotros en cuestión tan intrincada, y dejamos al portero del cielo en el derecho de juzgar en demanda *sumarísima* el estravío del que llega á la *portada de la Catedral de Méjico*.

EL ÚLTIMO ANIVERSARIO.

II.

A las siete de la mañana, las personas que componían el gran séquito, estaban reunidas en el palacio imperial.

La princesa Iturbide y las señoras grandes cruces de San Carlos, se encontraban en la sala de audiencias del emperador.

Las otras personas en la galería de pinturas.

A las ocho de la mañana entró el primer secretario de ceremonias en la sala de audiencias, en la que se hallaba la emperatriz, y puso en su conocimiento que todo estaba dispuesto para la ceremonia.

S. M. Carlota hacia los honores en el cumpleaños de su agosto esposo.

La emperatriz, que estaba, como hemos dicho, en la sala de audiencias,

so trasladó á la sala de pinturas.

El gran séquito formóse de la manera siguiente:

Secretario de ceremonias, oficiales de órdenes, oficiales de la guardia Palatina, capellanes honorarios y de la corte, médicos, consultores, em-

pleados inferiores de la corte, primer médico del emperador, ayudantes de campo, caballerizos, chambelanes, generales de división, grandes cruces de Guadalupe, consejeros, ministros, presidente del Consejo y ayudante de

campamento.

Después de estos personajes, seguía Carlota de Austria, emperatriz de México.

Vestía la soberana un riquísimo traje de gró blanco bordado de oro, y el manto de terciopelo escarlata ostentaba una cauda de más de dos varas.

Todo el manto se hallaba ricamente bordado de oro, con una franja de media vara.

Jamas se había ostentado el imperial busto tan alhajado.

Dos damas de palacio, elegantemente vestidas, la seguían inmediatamente.

A la derecha, un poco mas atrás, el gran chambelan, y á la izquierda el capitán de sus guardias.

Seguía la princesa Iturbide y las grandes cruces de San Carlos, y como una parvada de palomas, las damas de honor y las de palacio.

La comitiva salió por la puerta del centro de palacio, y emprendió su marcha á la Catedral sobre un tablado cubierto de alfombra, que atravesaba por la plaza hasta las puertas de la Metropolitana.

En pos de aquel séquito, seguía la guardia Palatina y la servidumbre de palacio, mozos de espuela, caballerizos, picadóres, lacayos, uigüeras, ayudantes de cámara y toda esa turba multa que consume cuantiosas sumas del erario de las monarquías.

Al llegar los secretarios de ceremonias al primer compartimiento de la galería de Iturbide, un destacamento de la guardia Palatina bajó por la escalera del emperador.

Otro destacamento se colocó á derecha e ixquierda de la emperatriz: una tercera sección de tropas cubría la marcha de la procesión.

El gran pendón que iba precediendo á la emperatriz, era el que representaba el escudo de Méjico.

Al llegar á la otra extremidad de la galería, se dirigió la emperatriz á la puerta de la Catedral.

La guarnición de Méjico estaba formada en la Plaza de Armas; y al avistar á S. M., las tropas presentaron las armas, batieron marcha, y las músicas tocaron el Himno Nacional.

La emperatriz esperaba ser saludada con aclamaciones por el pueblo.

El pueblo permanecía en silencio.

Educada esta generación en las prácticas republicanas, ignoraba las falsas ceremonias de las monarquías, esa obligación impuesta á los sub-

Dejadas de los pueblos de México se había divorciado del imperio, comenzando México.

Nuestro pueblo no se encuentra á tanta altura.

Ni un solo individuo se tocó el sombrero á la presencia de Carlota.

La orgullosa princesa tiró una mirada de ira sobre la multitud, y aligeró el paso para llegar á la Catedral, donde su instinto religioso le decía que era una profanación.

A todos los funcionarios públicos que no formaban parte del séquito, se les había prevenido estuviesen en la iglesia desde la siete de la mañana en el apartado sitio que se les había destinado.

La valla de la tropa se prolongaba en el interior del templo hasta detrás del altar mayor.

Al llegar á la puerta del centro de la Catedral, la guardia Palatina se dirigió al interior; la servidumbre se quedó fuera formando valla al paso del gran séquito, y entró en tumulto después de él, seguido de una avalancha de mujeres que son más interesadas en esta clase de diversiones.

La princesa Iturbide y las damas grandes y nobles de su corte.

La emperatriz fue recibida por el arzobispo y el cabildo metropolitano. El agua bendita le fué presentada por el primado de la iglesia mexicana.

Al llegar al altar, Carlota se dirigió al trono que estaba colocado del lado del Evangelio.

El arzobispo celebró misa pontifical.

Concluida la ceremonia se cantó el Te Deum.

La emperatriz, acompañada del clero, salió de la Metropolitana, y ya con visibles síntomas de desagrado, torno a los salones de su palacio.

Descansó un momento, limpió el sudor de su frente, enjugó al disimulo algunas lágrimas derramadas por la ira, y se trasladó al salón de Iturbide, donde colocada frente al trono, recibió las felicitaciones en nombre de Maximiliano.

Campo.

El presidente del consejo de Maximiliano, se adelantó con respeto, y dijo con voz compungida:

— Señora, tengo el honor de presentar á V. M. la felicitación de los funcionarios presentes en este lugar, por el aniversario del nacimiento del emperador.

Cuando hace dos años, recién llegado el soberano á México, celebraba este día, expresaba solo sus deseos y sus esperanzas en el porvenir.

Ahora que el tiempo le ha dado la experiencia del patriotismo entero de VV. MM. y de su entera consagración á su nueva patria México, expresa su fe de que el imperio de Maximiliano I y la alianza de la Francia, son el progreso, la libertad y la independencia nacional.

Nuestros votos por la conservación y la prosperidad del emperador, a la vez son votos de reconocimiento, y votos por la conservación y la prosperidad de nuestra patria.

Y vos, señora, que os habeis asociado tanto á esta obra de regeneración social, y que habeis dado tantos consuelos á la desgracia, recibid también en este momento nuestra felicitación y nuestra gratitud.

Carlota había manifestado cierto desden en algunos pasajes del discurso, estaba contrariada, molesta, irritada; al oír la alianza de la Francia, se había sonreído con desprecio.

Luego que el presidente del ministerio hubo concluido, la emperatriz dijo con voz vibrante y altanera:

— Señor ministro, señores: — Me es grato recibir vuestros votos á nombre del príncipe que os ha consagrado toda su existencia, y aseguraros que su vida y la mia no tienen otra mira que vuestra felicidad.

IV

En la soledad del salón, recordó la joven princesa aquella ocasión en la que se hallaba la emperatriz en su aposento.

Todo aquella turba palaciega, desfiló silenciosa y humillada delante de la magestad de Carlota de Austria.

Luego que se encontró la emperatriz en su aposento con sus damas, se echó á llorar con desesperación.

Formaba gran contraste esa aflicción, con el ruido de las salvas y la armonía de las bandas y músicas que recorrían la ciudad.

Las damas se rodearon de su señora, sin atreverse á aventurar una sola pregunta.

VI

